

XXV Domingo del Tiempo Ordinario – Ciclo A

En la primera lectura de este domingo, se llama a los israelitas a la conversión. Para regresar a su tierra, deben volver a Dios y buscarlo; y el Señor —que se deja encontrar y no juzga como lo hacen los hombres— está dispuesto y es capaz de conceder el perdón. En otras palabras, la llamada al arrepentimiento se fundamenta en la bondad de Dios, que perdona con largueza.

El hombre, por su parte, debe aprovechar esta oportunidad que Dios le ofrece. Así, las palabras de nuestra primera lectura son un estímulo constante para comenzar y volver a comenzar en la búsqueda de la virtud. Como escribe San Juan Pablo II: “Convertirse significa pedir perdón y buscar la fuerza de Dios en el sacramento de la reconciliación, y así volver a empezar, avanzando paso a paso cada día, aprendiendo a superarnos a nosotros mismos, a ganar las batallas espirituales que afrontamos y a entregarnos con alegría, ‘pues Dios ama al que da con alegría’” (*Novo incipiente*, 8 de abril de 1979).

Del mismo modo, San Agustín, en una de sus exposiciones sobre los Salmos, escribe: “No digas: ‘Mañana me convertiré; mañana daré gracias a Dios; y todos mis pecados, los de hoy y los de ayer, serán perdonados.’ Es verdad que Dios promete el perdón si te conviertes, pero no promete el mañana a tus dilaciones” (144, 11).

Como nos exhorta el Señor por medio del profeta Isaías: “Venid, pues, y discutamos —dice el Señor—: aunque vuestros pecados sean como la escarlata, quedarán blancos como la nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán blancos como la lana” (Isaías 1, 18). Hagamos, pues, el bien mientras todavía es “hoy” (Gálatas 6, 10; Hebreos 3, 13).

Padre Frei